

la pena remarcar el vincle profund que uneix l'obediència a l'autoritat amb la renúncia a la pròpia responsabilitat i el fet que el que cau en l'oblit és, precisament, el que Garcés vol contribuir a rescatar.

Al marge de l'autoritat i tot imaginant un possible oblidat, Garcés ens proposa l'aliança dels aprenents. Es desmarca de l'educació entesa en termes poètics que dèiem al principi, capaç de concebre l'educació com la fabricació d'éssers humans nous, pròpia de déus o demiürgs. L'aliança dels aprenents no és un mètode, sinó un «contratemp, una paradoxa» (p. 128) que altera l'experiència educativa. En concret, l'aliança dels aprenents és una trobada —es crea un ajuntament que es dota de sentit— basada en l'estima mútua —hi ha encontre, estranyesa i afecte—, que funciona per composició —acull i articula—, genera un medi —de l'estranyesa a les referències comunes— i fa iguals els desiguals —des de la complicitat.

Al principi del llibre Garcés es preguntava «Com volem ser educats?». A l'últim capítol hi afegeix la subordinada «quan del present no es deriva cap futur imaginable que no sigui la catàstrofe?»

(p. 140). Garcés no nega que el futur sigui fosc, però posa l'èmfasi en un present que no sabem interpretar, que han fet opac deliberadament. Per això, defensa, els sabers del futur no han de ser aquells que s'adaptin als requeriments del mercat o de la tecnologia, sinó que han de ser elementals, capaços d'entendre el present i fer-se'n càrrec, de crear experiència a través de la memòria i d'imaginar futurs. És el contrari de l'analfabetisme il·lustrat, que, tot i tenir coneixements, no gaudeix d'imaginació per generar possibles. Imaginar és clau en el pensament de Garcés i ens ho recorda al final, com un caramel que hem de deixar que se'n desfaci a la boca. La imaginació com una eina poderosa que fa present el que ja ha passat tant com el que podria arribar a passar. Una virtut que és estètica, ètica i política, que acull l'estranyesa i que vincula els possibles.

Es tanca així un llibre l'objectiu del qual és coherent amb el mitjà. L'escola d'aprenents de Marina Garcés vol ser una invitació a pensar, una eina per comprendre el present i una escletxa oberta per on es pugui imaginar el futur. *Escola d'aprenents* és tot això.

Aida Palacios Morales

Universitat de Barcelona

<https://doi.org/10.5565/rev/enraonar.1332>



VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco (2021)

*Cómo hacer cosas con Foucault: Instrucciones de uso*

Madrid: Dado Ediciones, 238 p.

ISBN 9788412123258

Francisco Vázquez García es uno de los filósofos españoles que mejor conocen la propuesta de Michel Foucault y que mejor han investigado a partir del horizonte que dejó abierto. El libro que nos ocupa no es uno más sobre Foucault, sino que es una guía, tan clara como pre-

cisa, sobre cómo utilizar su método arqueogenealógico. Afortunadamente, Vázquez García lo expresa sin excesos retóricos, sino con su habitual estilo claro y preciso. Es una invitación que nos hace de la mejor manera posible, compartiendo su experiencia y centrado en su estu-

dio recientemente publicado, titulado *Pater infamis: Genealogía del cura pederasta en España (1880-1912)*.

Lo primero que reivindica el ensayo es lo que llama «una lectura de autor», es decir, una lectura pragmática, híbrida e «impura» de los textos de Foucault, la cual se contrapone a hacer una lectura hermenéutica de ellos, según la propuesta heideggeriana, y que acaba, como sabemos, en la concepción académica de la filosofía entendida como comentario de textos. Lo que propone este trabajo no es entender lo que el filósofo francés quiere decir en sus escritos ni descubrir su logos interno. La pregunta es «¿cómo puedo utilizarlo?», en una línea que estaría más de acuerdo con lo que sugieren Wittgenstein o el sociólogo Pierre Bourdieu. Esto nos remite a la famosa «caja de herramientas» que nos propuso Foucault como manera de leerle a partir de la ocurrencia que surgió en su conversación con Gilles Deleuze. Pero esto no significa que podamos hacer cualquier cosa, ya que, siguiendo la metáfora, hay que saber utilizar bien una herramienta para hacerla trabajar adecuadamente. Hay que evitar el abuso descontextualizado o darle el sentido inverso a su orientación crítica y convertirlo en una ideología para reforzar el poder, por ejemplo. Para orientarnos en el empeño, Francisco Vázquez García nos propone tres aspectos a la hora de abordar el método arqueogenealógico y los dos polos en que se mueve: por un lado, el análisis de las formaciones discursivas y, por otro, el de sus transformaciones y sus aplicaciones como tecnologías de poder, ya sea sobre uno mismo o sobre los otros. También es importante una matización respecto a la posición del que problematiza. Si bien es cierto que no hay pretensiones de «imparcialidad» o de «neutralidad», ya que existe necesariamente una posición crítica de cuestionar lo que se nos aparece como evidente, por su familiaridad, también se debe hacer una suspensión del juicio valorativo. Al

ser un trabajo de investigación, necesita lo que el sociólogo Jean-Claude Passeron llamó «la administración de la prueba». Esto significa que la línea interpretativa debe ser compatible con los trabajos de los historiadores.

El primer aspecto es el del análisis de las problematizaciones o historia del presente. Hay que evitar caer en las trampas habituales que se dan en este registro. La primera es la del finalismo, como si el pasado fuera una preparación del presente. En lugar de esta banalización, se trata de potenciar una actitud de interrogación sobre la singularidad del presente, que no hemos de ver como una repetición de un fenómeno universal. Esto nos lleva a lo que Foucault llama «hacer una eventualización», que consiste en relacionar diversas contingencias en lugar de buscar cadenas causales. Eliminar las causas subyacentes y «transhistóricas», buscando siempre explicar un acontecimiento en base a la confluencia de series heterogéneas que coinciden de manera azarosa.

El segundo aspecto es el análisis de los discursos o arqueología. La primera condición es tratar el discurso no de manera lingüística, sino como una práctica. Tanto el sujeto como el objeto son productos de la práctica discursiva. No se trata de interpretar, sino de describir los hechos discursivos. No todo es discurso, por supuesto, pero todo se expresa a través del discurso: sujetos, objetos, normas, efectos de verdad. Para ello hay que discernir la relación entre lo visible y lo decible. Sin cuerpos visibles no hay discurso, pero sin discurso no hay cuerpos visibles. Los discursos están formados por enunciados, que siguen unas reglas de formación (patrones) que delimitan los objetos del discurso. Es un estilo de habla o de razonamiento que reconoce temas clave vinculados a palabras o a imágenes, que nos ayudan a ver relaciones entre enunciados o entre enunciados y acontecimientos no discursivos. Se plantea aquí otra cuestión, que es la posición del suje-

to respecto a los enunciados, que establece lo que Foucault llama «una práctica divisoria entre formas marcadas y no marcadas». Otra operación arqueológica importante es la descripción de las «superficies de emergencia», que quiere decir los lugares donde los sujetos del discurso son designados. Las instituciones donde aparecen los discursos, los contradiscursos que se le confrontan, los que son acreditados y los que son desacreditados en la circulación del discurso. Están finalmente las «rejillas» de especificación. Hay enunciados sobre mundos sociales diversos y algunos entran en tensión entre sí o pueden llegar a ser contradictorios. Todo ello da lugar a unos mecanismos discursivos que producen pautas de veridicción y de prescripción.

El tercer y último aspecto es el de la genealogía o análisis de las relaciones de poder. Partimos de la base de que es una estrategia inseparable de la anterior y de que actúan ambas de forma simultánea y combinada. La genealogía tiene una dimensión claramente temporal, pero no es historia. O, mejor dicho, es lo que Nietzsche llamaba «una historia crítica» que elimina la ilusión de una «realidad» subyacente a la formación histórica, de una identidad que se complace en el presente y de una verdad «ahistórica». Las comparaciones se basan en una discontinuidad como instrumento analítico que implica dos estrategias. La primera es prescindir de una conceptualización previa, señalando en cambio cómo se va construyendo históricamente. La segunda es sustituir la causalidad lineal por los análisis de tipo rizomático, entendiendo sujeto y objeto como configuraciones que aparecen de manera emergente por encuentros aleatorios. El punto fundamental de la genealo-

gía es, de todas maneras, las relaciones de poder, que para Foucault son siempre intencionales, que no quiere decir que respondan a voluntades subjetivas, sino a objetivos estratégicos. Poder que, como sabemos, para Foucault atraviesa los cuerpos, tiene una dinámica propia, no es una superestructura de un ámbito más básico y es productivo más que represivo. El poder es una práctica que funciona a través de tecnologías que se inscriben en un dispositivo, al que no hay que entender como despliegue de una planificación, sino como resultado de dinámicas que se cruzan, siempre dándole un carácter inmanente y contingente. Hay también una mención interesante a las tecnologías del yo.

Francisco Vázquez García también nos previene de algunas lecturas precipitadas y simplificadas de Foucault, como la de considerar que se pasa del poder soberano al disciplinario y de este a la sociedad de control. Son tres formas de dominio que coexisten, aunque hay que ver las líneas de fuerza y la que predomina en cada sociedad.

Todo lo dicho puede parecer abstracto, y lo es. Como he indicado al principio, hay que leer el libro para ver cómo se concreta, y aquí encontramos también su valor, aparte de la magnífica y didáctica síntesis que realiza Francisco Vázquez García. Los ejemplos no son exclusivos del estudio del propio autor sobre el cura pederasta, sino que se apoya también en los de Nikolas Rose. Aunque no hay una escuela foucaultiana, en el sentido ortodoxo (el mismo Foucault creó las condiciones para que no sucediera), sí hay muchas investigaciones que siguen el horizonte abierto por él y que utilizan su caja de herramientas. Tanto Vázquez García como Rose son un buen ejemplo de ello.

*Luis Roca Jusmet*

Universitat Autònoma de Barcelona

<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1344>

